EL VUELCO TOTAL DEL ALMA HERNANDIANA. REFLEXIONES SOBRE UN HECHO TRASCENDENTAL

Juan Cano Ballesta
Universidad de Virginia

Es éste un acontecimiento tan sorprendente que ha provocado reacciones muy diversas entre los estudiosos y biógrafos de Miguel Hernández. Volviendo a leer y valorar una vez más páginas muy conocidas del poeta llama la atención el tropezar con versos que reflejan una contemplación y visión naturalista del campo y del monte que fascina la mirada inocente del poeta pastor. Es cierto que la percepción de este paisaje viene filtrada a veces por lecturas de autores clásicos que aportan una sensibilidad especial y siembran el texto de nombres de dioses mitológicos y deidades paganas:

> Con perfumes y armónicas, pululan
> las brisas en el campo. En los senderos
> verdean los lagartos y se ondulan
> y silban los reptiles traicioneros.
> Oigo un rumor de pasos... (OC, I 121).

Esta mirada inocente y directa de la naturaleza, nos da una visión desnuda de campos, piedras, tierra, fuentes, senderos y arboledas. Es la visión paisajística de lugares por los que pasaba a diario el poeta pastor con sus cabras y su zurrón camino del monte.

Pero esta visión se enriquece y trasforma espectacularmente desde que Miguel empieza a escribir su auto sacramental. Su visión del paisaje se hace primero simbólica y teológica. Pero viene a experimentar un cambio aún más acelerado e inesperado desde el verano de 1934 a junio de 1935. En tan breve período experimenta una renovación radical que marca las raíces de su arte, su estética, las hondas convicciones del poeta y hasta la intensidad y sentido de su existencia.

Llama la atención la visión simbólica y teológica que respiraba su poesía en el verano de 1934, que, superados los brotes paganos de la primera

adolescencia, aparece inmersa en el mundo religioso y conservador de su primera juventud. Así se deja ver en poemas tan reveladores como "PROFECÍA - sobre el campesino"[1] o "LA MORADA – amarilla" (OC, I, 370). Este poema refleja el estado de ánimo del poeta cuando todavía se movía en la órbita de Ramón Sijé, cuando colaboraba con José Bergamín y permanecía fiel al catolicismo conservador de su Orihuela natal. Se ve que se mueve en el contexto del auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, del cual toma los dos símbolos centrales que van a marcar varios poemas:

El saludable Manjar
que hará su nido en el trigo
y en la vid de miel llevar (PC II, 1363).

"LA MORADA - amarilla" se publicó en *El Gallo Crisis*, 2, Virgen de Agosto 1934, y está dedicado a María Zambrano. Lo que el poeta ve por estas fechas en las tierras castellanas es un paisaje impregnado de simbolismo religioso y eucarístico. Los trigales y viñedos, la espiga y la uva, simbolizan el pan y el vino de la eucaristía, como dicen expresamente los versos que abren el poema:

¡Apunta Dios!, la espiga, en el sembrado,
florece Dios, la vid, la flor del vino.
[...] Pan y pan, vino y vino,
Dios y Dios, tierra y cielo [...]
¡Qué morada es Castilla!
¡qué morada de Dios y qué amarilla!
¡Qué solemne morada
de Dios la tierra arada, enamorada,
la uva morada y verde la semilla! (OC, I, 370)

Miguel Hernández, en el verano de 1934, sentía plenamente la belleza y hondura de este inmenso paisaje castellano de cereales y viñedos ("¡Qué cosechón! de páramo y llanura. / ¡Qué lejos!, ¡ay!, de trigo [...]") y lo veía impregnado de valores trascendentales, teológicos y eucarísticos.

En "PROFECÍA – sobre el campesino", publicada en *El Gallo Crisis*, 1, Corpus 1934, recuerda pasajes de su auto sacramental donde se habla del

1. Miguel Hernández, *Obra completa*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe 1992, vol. I, p. 366. La obra de Miguel Hernández la cito en adelante en el texto mismo con la sigla OC seguida del número de volumen y página.

fuego, la hoz, la huelga general y la revolución. El poeta está entrando en temas políticos de la actualidad republicana. Y resulta curioso observar que, de modo sorprendente para la idea que tenemos hoy de él, Miguel se pone de parte de los amos y de los propietarios, retando a los campesinos a que se dejen de huelgas y de actos de protesta, a que abandonen el boicot de los cultivos y el incendio de las cosechas y las eras, tan frecuentes en aquella primavera de 1934 por los campos de Castilla y de La Mancha:

> Se cosecha ceniza,
> parvas de llamaradas,
> en la Sagrada Forma de la era (OC, I, 367).

Miguel invita a los campesinos a que se dejen de protestas y continúen trabajando los campos como venían haciendo desde siglos:

> En nombre de la espiga, te conjuro:
> ¡siembra el pan! con esmero (OC, I, 368).

El poema, de modo chocante, viene a sonar como el panfleto de un partido agrario conservador.

El contraste es tremendo si comparamos estos versos con otros que escribe un año después, durante la primavera y el verano de 1935. Me refiero al poema "Sonreídme," donde las espigas y racimos, lejos de todo simbolismo eucarístico o religioso, serán una razón más para la rebelión: "Sonreídme [...] los que cubrís de espigas y racimos la boca de los que nos escupen" (OC, I, 520).

¿A qué se debe este cambio tan radical en unos meses? ¿Cómo en menos de un año ocurre ese vuelco total del alma del poeta? En enero de 1935 Miguel Hernández confesaba a José Bergamín con extrema modestia su escasa cultura e inexperiencia en la vida describiéndose a sí mismo como un "pastor que no ha visto el mundo más que por un agujero, que no sabe nada de otras clases de vida"[2]. Miguel se encontraba en un momento de inseguridad y de crisis.

¿Qué está ocurriendo? Los biógrafos y críticos suelen dar explicaciones no siempre convincentes. Ramón Sijé cree saber a quién culpar de esta "transformación terrible y cruel" que sufre el poeta:

2. Carta a José Bergamín, Orihuela, enero de 1935, OC, II, p. 2332.

> Nerudismo (¡qué horroroso! Pablo y selva, ritual narcisista e infrahumano de entrepiernas, de vello de partes prohibidas y de prohibidos caballos); aleixandrismo; albertismo[3].

Juan Guerrero Zamora escribía en 1955 que todo se debía a la nefasta influencia de Neruda y Alberti, a los que él llama los *secuestradores morales* del poeta.[4] No tiene en cuenta el crítico que los fervores comunistas de Pablo Neruda son muy posteriores y que entonces ni siquiera pertenecía al partido comunista. También ignora que Miguel Hernández solía ser muy cauteloso ante la figura de Alberti debido a los consejos de Ramón Sijé y otros amigos de Orihuela. Jamás llegaron ambos a una relación íntima y sí se cuenta un feroz enfrentamiento entre ellos en plena Guerra Civil en la Casa de la Cultura de Madrid.

Entonces ¿a qué se debe este cambio tan radical? Recordemos algunos hechos trascendentales que sí iban afectando el modo de pensar del poeta:

> *1) La Escuela de Vallecas.* Ya desde anteriores viajes a Madrid y desde marzo de 1935, en que pasa a residir de modo continuado en la capital, hasta el principio de la guerra, Miguel intensifica sus relaciones con un nuevo círculo de amigos. José María de Cossío le pone en contacto con Alberto Sánchez y éste le presenta a otras figuras de la Escuela de Vallecas: Benjamín Palencia y Maruja Mallo entre otros[5]. Todos ellos buscan inspiración en la naturaleza y el mundo rural. El pintor Benjamín Palencia, nacido en las áridas llanuras de Albacete, procedía de una modesta familia, y el escultor Alberto Sánchez, de Toledo, era de familia pobre y autodidacta (aprendió a leer a los 15 años). Ambos venían de ambientes muy parecidos a los del poeta de Orihuela y pronto surgió entre ellos una honda amistad que se convertiría en clara sintonía humana y estética. Juntos se daban paseos por los campos de Vallecas y Miguel disfrutaba con ellos la sobriedad de las tierras castellanas y lo más auténtico de la vida rústica que él ya conocía. El joven poeta, en un

3. Carta de Ramón Sijé a Miguel Hernández, Orihuela, 29 noviembre 1935, en Concha Zardoya, *Miguel Hernández (1910-1942), Vida, Obra Bibliografía, Antología*, Hispanic Institute in the United States, New York, Columbia University, 1955, p. 24.
4. "Para él, Miguel Hernández es el joven inocente y el muchacho ingenuo – y, por lo visto, inmaduro – seducido en su orientación política por la nefasta influencia de Neruda, Alberti, y otros, a los que considera sus *secuestradores morales*". Juan Cano Ballesta, "Reelaboración de la imagen de Miguel Hernández", *Miguel Hernández, La sombra vencida 1910-2010,* tomo I, p. 141. Véase también Juan Guerrero Zamora, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*, Madrid, Colección El Grifón, 1955, p.14.
5. Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Editorial Planeta, 1992, pp. 132-142.

> momento crucial de su vida, comienza a respirar con ellos un ambiente plenamente laico, lejos del catolicismo conservador de su Orihuela natal. Miguel descubre también la dura pobreza de los campos castellanos y la profunda conciencia social de sus compañeros de Madrid.

Benjamín Palencia construye su obra sobre el terruño y el campo, como él mismo confiesa:

> Alta es la tarea del auténtico pintor, que con material tan terrenal - la tierra y los colores de la tierra - va dejando las horas de su vida en el recinto de su obra, nunca fingida, sino bella y verdadera [...][6].

Miguel Hernández aprende humildemente las lecciones de su amigo y centra su atención en el paisaje mismo. En diciembre de 1934 escribe a Benjamín Palencia sobre su última colección de poemas *El silbo vulnerado.* Con gran modestia le confiesa que lo ha escrito a tono con lo que este pintor le recomendaba:

> un libro como tú me pedías, de pájaros, corderos, piedras, cardos, aires y almendros. Necesito de pura necesidad tu colaboración. Y de puro orgullo también. ¿Quieres decirme inmediatamente si cuento contigo? (OC, II, 2327).

Miguel aprende a apreciar el paisaje castellano en sí mismo, en su sobriedad: tierra, pájaros, corderos, piedras. Acoge con entusiasmo los objetos y temas del gusto de Benjamín Palencia, al que pide con impaciencia ilustraciones para la edición de su libro, pero sobre todo ha aprendido a vivir, a emocionarse y valorar, también artísticamente, los motivos y temas del campo que desde su infancia le habían sido familiares.

A Miguel le fascina también el estilo y modos de trabajar de Alberto Sánchez, cono expresa en sus escritos:

> A puñetazos y dentelladas están hechos sus montes, sus esculturas, pues no quiere más cincel que su puño ni más martillo que su sensualidad [...] Y todo lo recoge y cuaja en piedra, carbón y arcilla. Es el único escultor del rayo [...] La bien amada mano de Alberto se desploma y se hunde en pleno corazón de la tierra ("Alberto el vehemente", OC, II, 2146-2147).

---

6. Luis García-Ochoa, *Benjamín Palencia, Su entorno y su época*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1983, pp. 5-6.

Contra el parecer de Eutimio Martín[7], considero esencial y decisiva esta relación de Miguel con la Escuela de Vallecas. Son estos los primeros amigos que Miguel encuentra en su llegada a Madrid. Son todos de origen modesto y campesino como él y se sienten incómodos en el mundo urbano, mientras tratan de desarrollar un arte auténtico, rural y telúrico. Se siente afín a ellos y con ellos simpatiza humana y artísticamente. En su compañía va iniciándose en una visión laica del mundo y desarrolla una conciencia social. Nada extraño que Sijé se lamente de su distanciamiento. Los amigos de la Escuela de Vallecas le refuerzan la autoestima y le dan seguridad para desplegar como arte sus propias experiencias y vivencias de juventud y para prestar categoría estética a la sencilla realidad del campo oriolano y castellano, que él tan bien conocía. Miguel se siente ahora más entre iguales que en el mundo intelectual en que se movía Neruda. Aquel contacto le acercó de modo decisivo a los campesinos y al pueblo.

2) *Las Misiones Pedagógicas* revelan a Miguel la existencia de aldeas y pueblos remotos y abandonados donde a veces ni siquiera llegaba la luz eléctrica. Miguel también hizo varios viajes buscando datos para la enciclopedia taurina de Cossío o en salidas campestres con amigos como las que hizo con Maruja Mallo. Así descubrió la verdadera realidad de los pueblos de España, la vida real de los campesinos castellanos y andaluces. Las Misiones Pedagógicas las organizaba un Patronato especial del Gobierno de la República presidido por Manuel Bartolomé Cossío. Pretendía llevar a ambientes rurales recursos culturales ya conocidos en las ciudades. Grupos de jóvenes universitarios (y Miguel invitado por ellos) en la plaza de los pueblos proyectaban películas, hacían lecturas poéticas, mostraban pinturas (copias) del Museo del Prado, y ofrecían charlas y audiciones de discos. Las gentes del campo quedaban fascinadas ante experiencias para ellos totalmente desconocidas.

Miguel conoció así amplios sectores de la sociedad y del territorio peninsular. Participó en una misión por Cabo de Palos y Fuente Álamo organizada por Antonio Oliver y Carmen Conde de la Universidad Popular de Cartagena del 26 de marzo al 1 de abril de 1933, y en otras misiones por La Mancha (Puertollano, Valdepeñas) y por Andalucía.

7. Eutimio Martín, *El oficio de poeta, Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, pp. 330-332.

Debemos a José Luis Puerto el conocimiento de esta actividad cultural de Miguel Hernández por tierras de Salamanca[8]. Estos estudiantes-misioneros pasaban la noche donde podían, bien en la casona del rico del pueblo ("dormimos en la casa de don...no sé cómo", dice en el artículo "Misiones Pedagógicas") o bien en lugares más modestos como una era, según dice en otro de sus textos.[9] Esto le facilitaba conversaciones muy reveladoras con los campesinos. Miguel nos cuenta una de ellas:

> Antonio tenía un jornal de siete pesetas, para cobrarlas, trabajaba de las dos y media o las tres de la mañana, hasta las diez de la noche... Pero se indignaba, echaba chispas por los ojos y los puños comentando las palabras de un político, que había declarado por entonces que la gente del campo tiene para vivir suficientemente con tres pesetas" (OC II, 2150).

Estas conversaciones le enseñan a Miguel "la trágica vida del campesino" español, le permiten ahondar en sus raíces más profundas y fortalecer su compromiso con el pueblo, al que él se sentía pertenecer.

El nuevo ambiente va alejando a Miguel de sus viejos amigos, de *Cruz y Raya y* de la tutela de José Bergamín y Ramón Sijé. El simple recuerdo de su auto sacramental, del cual ya se siente a años luz, le arranca una tremenda confesión cuando en junio de 1935 escribe a Juan Guerrero Ruiz:

> Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra, y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí [en el auto], ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de *Cruz y Raya*, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé.
>
> En el último número aparecido recientemente en *El Gallo Crisis* sale un poema mío escrito hace seis o siete meses: todo él me suena extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico única y exclusivamente a la canción y a la vida de tierra y sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente (OC, II, 2344-2345).

---

8. José Luis Puerto, *Miguel Hernández en las Misiones Pedagógicas*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2010.
9. "No encontraba donde dormir en aquella aldea castellana: no había más que las camas precisas para sus vecinos. Acudí al alcalde para que él me indicase un refugio, y me dijo que únicamente había uno por ocupar: el calabozo, que me ofrecía con mucho gusto. Le di las gracias y me salí al campo, dispuesto a dormir al pie de un olivo. Corrían tiempos de junio y se podía dormir en cualquier parte. Pero encontré una era, y la paja es más recomendable al sueño que un tronco. Allí dormí" ("Verano e invierno", OC, II, 2150).

El poeta confiesa a Juan Guerrero Ruiz el profundo cambio que en los últimos meses ha experimentado. Su actitud vitalista está en perfecta consonancia con la trayectoria que el propio poeta describe en el poema "Sonreídme":

> Me libré de los templos: sonreídme,
> donde me consumía con tristeza de lámpara
> encerrado en el poco aire de los sagrarios.
> Salté al monte de donde procedo,
> a las viñas donde halla tanta hermana mi
> sangre,
> a vuestra compañía de relativo barro.
> (OC, I, 520)

Miguel vivió desde marzo de 1935 y hasta la Guerra Civil en el aireado ambiente de Madrid y en contacto con su amplio círculo de amigos madrileños, entre los que se hallaban también Raúl González Tuñón, Pablo Neruda y Rafael Alberti. Algunos biógrafos han caído en la trampa de considerar a Miguel Hernández un muchacho ingenuo e inmaduro, un buen chico que fácilmente se dejaba influenciar. Así piensa, antes que Juan Guerrero Zamora, su amigo entrañable Ramón Sijé, quien escribe: "Quien sufre mucho eres tú, Miguel. Algún día echaré a *alguien* la culpa de tus sufrimientos humano-poéticos actuales"[10]. También José María de Cossío me dio esta impresión cuando en la tertulia del Café Lión se me ocurrió, en el verano de 1969, hablar del pensamiento de Miguel Hernández. Cossío me interrumpió: "¿Pensamiento? Miguel era un chico sin cultura". Lo cierto es que Miguel iba creciendo humana y poéticamente, de modo más acelerado desde su llegada a Madrid gracias a sus propias experiencias, a su talento y a su percepción del mundo revuelto en que le tocó vivir, donde los acontecimientos se precipitaban de modo increíble. Miguel vivió tensiones políticas continuas: rebelión de campesinos reclamando tierras, manifestaciones, huelgas, luchas callejeras entre falangistas y miembros de la FAI, entre socialistas y anarquistas, amenazas de alzamiento militar y de revolución, y revueltas sociales que con tanta frecuencia tenían lugar en las calles y plazas de la capital española desde 1934, en que el nuevo gobierno de derechas salido de las elecciones una de las primeras medidas que tomó al llegar al poder fue suprimir el salario mínimo suscitando la indignación y rebelión de las organizaciones sindicales y de la clase obrera. Por otra parte, en febrero de 1935, a la llegada de Miguel a Madrid, aún se discutían

10. Carta de Ramón Sijé a Miguel Hernández, Orihuela, 29 noviembre 1935 (Concha Zardoya, *Miguel Hernández (1910-1942), Vida, Obra Bibliografía, Antología*, cit., p. 24).

apasionadamente los disturbios de la no lejana revolución de octubre de 1934. Los tribunales militares nombrados para castigar a los rebeldes estaban muy activos dictando sentencias contra los revoltosos. Hacia fines de marzo habían dictado 20 sentencias de muerte. Mientras unos exigían dureza otros pedían la conmutación de las sentencias de muerte para no generar rencores duraderos[11]. Estas y otras muchas experiencias se discutían en su círculo de amigos y fueron las que llevaron a Miguel a reflexionar y replantearse su vida en aquella revuelta primavera de 1935. Nada extraño que estos largos meses de contacto con nuevos amigos y ambientes, viajes por diversos puntos de España y vivencias tan ricas y variadas en un ambiente político revuelto tuvieran un profundo impacto en el alma del joven poeta tan ansioso de aprender y madurar.

11. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, París, pp. 97-124.